

Al cuarto se dirigió á Culucan, distante unas dos leguas de allí.

Los de Xochmilco trataron de embarazar su marcha; pero él les castigó cruelmente.

Estaba Culucan despoblado, como otros muchos lugares de la laguna.

Pero pensaba por aquella parte poner sitio á Méjico, y queria conocer perfectamente el terreno.

Examinó la calzada, que ocupaba una extension de legua y media, estuvo dos dias derrocando ídolos y destruyendo templos, y despues de encontrar sitio de buenas condiciones para la seguridad de los bergantines, dió vista á Méjico con doscientos españoles y cinco de á caballo, combatió una albarrada, y aunque se la defendieron tenazmente la ganó; y despues regresó á Tezcuco, porque ya habia dado la vuelta á la laguna y visto la dispesicion de la tierra.

En Culucan tuvo algunos españoles heridos y no pocos tlascaltecas.

Al volver á Tezcuco se empeñó en varios combates con los de Culúa, en los que murieron muchos indios de una y otra parte.

Capítulo CVI.

Donde el lector asiste á los preparativos para el sitio de Méjico.

Una agradable sorpresa aguardaba al héroe de nuestra historia á su regreso á Tezcuco.

Muchos de los españoles que estaban á las órdenes de Diego de Velazquez, atraídos por la fama de sus hazañas, habian llegado á incorporarse á sus filas, y aseguraban que este era el espíritu que reinaba en todos sus compañeros.

Traian muchas armas y caballos, y Cortés les agradeció en extremo aquellos refuerzos y las simpatías que manifestaban por el triunfo de su causa.

Tambien llegaron los caciques de muchos pueblos á ofrecerle fidelidad, unos por el temor de ser destruidos, y otros por el deseo de coaligarse con él para destruir á los mejicanos, á quienes odiaban.

Dos días llevaba Hernan Cortés en Tezcuco, cuando recibió una carta que al capitán de Segura de la Frontera había enviado uno de los españoles que formaban parte de la expedición al abandonar la ciudad imperial.

«Nobles amigos,—decía:—dos ó tres veces os he escrito, y ninguna he obtenido respuesta. No sé si la presente será más afortunada.

»Los de Culúa nos acometen sin cesar, á pesar de las derrotas que han sufrido.

»La ciudad de Chinantla, desde donde os dirijo esta, desea ver á Cortés para ponerse á sus órdenes.

»Aquí convendría mucho un refuerzo de españoles. Si Hernan Cortés enviase treinta, la gratitud de estas gentes sería inmensa.»

No podía el ilustre caudillo enviar el refuerzo que se le pedía, porque pensaba poner sitio á Méjico.

Contestó, sin embargo, dando gracias por los buenos deseos que manifestaban los de aquella ciudad, y esperanzas de que pronto iría á reunirse con ellos.

Era aquel español uno de los que hacía un año que Cortés había enviado á Chinantla desde Méjico, para explorar el terreno.

El señor de aquella provincia simpatizó con él desde el momento en que le conoció, y le nombró jefe de sus tropas para combatir á los de Culúa, que desde la muerte de Motezama le hostilizaban continuamente por haber admitido en su territorio á los extranjeros.

El capitán, al saber que había compatriotas suyos

en Tepeaca, les había escrito, como hemos dicho antes, aunque sin resultado.

Muchos se alegraron los españoles por el contenido de la carta que les envió el capitán de Segura de la Frontera.

Daban gracias á Dios por las mercedes que les otorgaba, y sólo á su protección atribuían el que no hubiese perecido su compañero después del abandono de Méjico.

Cortés apresuraba el cerco de la ciudad, abasteciéndose de provisiones y haciendo pertrechos para escalar y combatir.

Activó las operaciones de clavar y terminar los bergantines, y dispuso que se abriese una gran zanja para echarlos á la laguna.

La zanja debería tener de largo media legua, de ancho unos doce piés y la profundidad necesaria.

Para construirla les sirvió de modelo una de las acequias.

Tardóse en hacerla cincuenta días, trabajando en cada uno ocho mil tezcucanos.

Los bergantines se calafatearon con estopa y algodón.

Algunos historiadores dicen que los brearon con grasa de hombre, porque carecían de otra cosa.

Los indios se arrojaban sobre los cadáveres que encontraban, y después de abrirlos sacaban aquella sustancia.

Tan pronto como los bergantines se botaron al agua, reunió Cortés á los españoles.

Ascendian estos á nuevecientos hombres. Ochenta y seis de caballería.

Ciento diez y ocho tenían ballestas y escópetas.

Los demás llevaban picas y rodelas ó alabardas, sin contar las espadas y puñales que cada uno tenía.

Tambien se veian algunos coseletes y muchas corazas y jacos.

Completaban aquellos aprestos guerreros tres cañones de hierro colado de grueso calibre, y quince pequeños de bronce, con diez quintales de pólvora y muchas balas.

Estos eran los elementos con que contaba Cortés para el sitio de Méjico, la más grande y fuerte ciudad de las Indias y Nuevo Mundo.

Puso en cada bergantín un cañon de los pequeños, y los demás quedaron para el ejército de tierra.

Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardasen y cumpliesen, y mostrando los bergantines pronunció una de sus más entusiastas peroraciones.

La historia la conserva en sus brillantes páginas, y nosotros, interpretando los deseos de nuestros suscritores, la trascribimos íntegra.

«Hermanos y compañeros míos,—les dijo;—ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y bien sabeis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto aquí:

»Muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á Méjico está en ellos, porque con

ellos, ó quemaremos presto todas las barcas de la ciudad, ó las acorralaremos allá dentro en las calles, con lo cual haremos tanto daño á los enemigos como con el ejército de tierra.

»Cien mil amigos tengo para sitiar á Méjico, que son, segun ya conoceis, los más diestros y valientes hombres de estas tierras.

»Para que no nos falten provisiones, he tomado disposiciones importantes.

»Lo que á vosotros corresponde ahora es pelear como acostumbrais, y rogar á Dios por salud y victoria, pues es suya la guerra.»

Terminada la olocucion, que todos acogieron con entusiastas aclamaciones, envió Cortés emisarios á las provincias de Tlascala, Güexocinco, Cholula, Chalco y otros pueblos, para que todos acudiesen dentro de diez dias á Tezeuco con sus armas y demás pertrechos necesario al cerco de Méjico.

Esta orden fué cumplida, y no tardaron en llegar más de sesenta mil hombres, deseosos de ayudar á los españoles en la colosal empresa que iban á acometer.

El héroe de nuestra historia salió á recibirlos, y despues de dirigir cariñosas frases á sus aliados, les alojó cómodamente.

El segundo dia de Pascua de Pentecostés salieron todos los españoles á la plaza, y de ellos eligió á los jefes que debian mandar las tres columnas en que dividió su ejército.

Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval, fueron los nombrados para dicho objeto.

El primero, al frente de treinta caballos, ciento sesenta peones, treinta mil indios y dos piezas de artillería, debía dirigirse á Tlacopan.

El segundo, con treinta y tres españoles á caballo, ciento ochenta peones, dos cañones y cerca de treinta mil indios, debía ocupar la provincia de Cuauacan.

Finalmente, el tercero llevaba veintitres caballos, ciento sesenta peones, dos cañones y más de cuarenta mil hombres de las provincias y pueblos de Chalco, Cholula, Güexocineo y otras, y las instrucciones que recibió eran destruir á los de Iztacpalapa, fijando despues sus reales donde creyera más oportuno.

En cada bergantín puso un cañon, seis arcabuces ó ballestas, y veintitres españoles de los que tenían conocimientos navales.

Nombró capitanes de ellos, y él quiso ser el general de la escuadra.

Esta determinacion fué mal recibida por algunos de sus capitanes que iban por tierra.

—Por lo que se vé, —decían unos, —Hernán Cortés comienza á temer el peligro, y por eso quiere ir á bordo.

—Mientras él vá perfectamente seguro, porque las carabelas de los indios no pueden competir con nuestras naves, —añadian otros, —nosotros vamos á buscar una muerte casi cierta.

—No debemos consentirlo, —exclamaban algunos. —Yo me ofrezco á decirle en nombre de todos que no es digna su conducta.

—Sí, sí, —gritaron cuantos tomaban parte en esta conversacion.

Quando comunicaron á Cortés lo que habian acordado, ocultando este la indignacion que producía en él aquellas sospechas:

—Estais equivocados, —les dijo; —es mucho más peligroso pelear á bordo que por tierra. Además, mi presencia es necesaria, allí porque fundo principalmente el éxito de la lucha que en breve vá á comenzar á las fuerzas navales.

Tranquilizáronse algun tanto con estas explicaciones, y el día 10 de Mayo partieron Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, y fueron á dormir á Acohuan.

Allí se suscitó entre estos dos bravos capitanes una calurosa cuestion respecto al aposento que cada cual habia de ocupar, y hubieran terminado de una manera desastrosa, á no haber mediado otro de los jefes á quien unía gran amistad con los contendientes.

Al siguiente día pornocaron en Xilotepec, ciudad completamente despoblada.

Al tercero entraron de madrugada en Tlacopan, que tambien estaba desierto, como todos los pueblos de la costa de la laguna.

Se alojaron en las principales casas, y apenas reposaron un instante, los tlascaltecas dieron vista á Méjico por la calzada, y pelearon hasta que cerró la noche.

A la mañana siguiente, que era el 13 de Mayo, fué Cristóbal de Olid á Chepultepec, y quebró las cañerías que abastecían de agua á la ciudad de Méjico.

Pedro de Alvarado atendió mientras tanto á reparar los caminos y á cegar las acequias para que pudieran pasar los caballos; y en estas tareas se emplearon tres dias, habiendo tenido en todos ellos varios encuentros con los enemigos.

Alvarado quedó en Tlacopan con su division, y Cristóbal de Olid fué á Culnacán con la suya, segun las instrucciones que habian recibido de Cortés.

Hiciéronse fue tes en las casas de los caciques, que eran las que más seguridad ofrecian, y durante una semana se ocuparon en reunir provisiones, que traian de los pueblos de la sierra.

Capítulo CVII.

Donde el lector verá los destrozos que los bergantines causaron en los indios, y el cómo logró Cortés entrar en la ciudad imperial.

Al saber Guatimozin las disposiciones que habia tomado Cortés para sitiarse la ciudad, llamó á los capitanes y altos dignatarios del imperio para deliberar con ellos acerca de la conducta que debia observar en vista de las circunstancias.

—No hay tiempo que perder,—les dijo;—los españoles se preparan para darnos la batalla, y yo no sé qué nos conviene más, si salir á combatirlos ó celebrar con ellos un tratado de paz.

—Mi opinion,—dijo uno de los circunstantes,—es que debemos sostener la guerra. Contamos con mayor número de soldados; y además, la posicion que ocupamos es muy ventajosa.

—Pues yo creo, por el contrario,—añadió otro,—